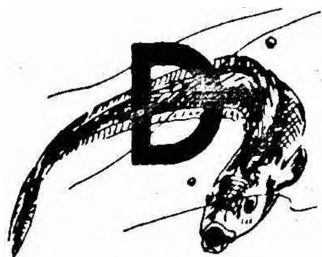


POR QUE AMO A CHILE

Por
Curzio MALAPARTE

Luego de una visita a Chile, el famoso escritor italiano CURZIO MALAPARTE dio en Montevideo una conferencia en que prodigó cordiales elogios a nuestro país y emitió conceptos originales sobre la idiosincrasia chilena. Reproducimos los párrafos más significativos de esa conferencia. **Curzio Malaparte nació en 1906 y murió en 1957.**



Chile.

Hablando por radio, aquí en Montevideo, di rienda suelta a mi afecto por Chile... y dije que el país de Sudamérica más querido por mí, era Chile, de donde venía.

Yo juzgo a los países de América Latina por su mayor o menor capacidad para darse una civilización propia, original, que no sea una imitación de la civilización europea. Y si, entre todos los países de este continente que hasta ahora he conocido de cerca, tengo un mayor afecto por Chile, ello nace del hecho de que allí está patente, mucho más que en otras partes, el

esfuerzo para crear los elementos y las condiciones de vida necesarios de una civilización sudamericana que no sea, como ocurre con los países del Río de la Plata, tomada a préstamo de Europa. Las razones de mi afecto por Chile son además personales, subjetivas y de carácter general. Amo a Chile, antes que nada, porque allí las relaciones entre el hombre y la naturaleza tienen algo de trágico, como ocurría entre la naturaleza griega y el hombre de la Grecia arcaica. Y no hay nada más delicado y peligroso que ese género de relaciones, ya que el equilibrio entre la naturaleza y el hombre no descansa en un plano accesible al alma humana como, por ejemplo, en Grecia e Italia, donde los montes, ríos, árboles y los valles parecen hechos a la medida del hombre, sino en un plano sobrehumano. Para ella basta pensar en la vertiginosa altura de los Andes en la inmensidad de los

bosques, de los desiertos, en la terrible desproporción entre la naturaleza y el hombre, quien se encuentra solo, desarmado y debe crearse con su propio esfuerzo, sin la ayuda de la humanidad, su propia vida, su propia historia y su propia civilización, aislado como se encuentra en la salvaje aspereza de sus montañas, en la soledad del océano y en la crueldad del desierto.

La naturaleza es bellísima y Chile tiene un encanto como puede que no se encuentre igual en parte alguna del mundo. Y no es una naturaleza "sonriente", es una naturaleza triste y tal vez trágica. La tristeza de este pueblo es un hecho observado por muchos extranjeros, que han dedicado a Chile páginas llenas de afecto, y por los mismos poetas, escritores y músicos chilenos. Que ame el vino y los cantos, la danza y la música, no quiere decir que sea un pueblo alegre. Los napolitanos aman los cantos, la danza y la música, y también son tristes. Quiere decir, quizás, que es al revés. Puesto que su rostro es triste, y su música y sus cantos y sus danzas, aunque de ritmo vivaz, también son tristes, y triste su poesía popular oculta. Aun su tradición destila una tristeza antigua (remota no sólo en el tiempo), que puede ser ibérica o puede ser india.

La manera de ser del pueblo, los diversos actos y momentos de su vida revelan una gravedad muy próxima a la tristeza, que se observa hasta en su modo de andar o gesticular, de hablar o escuchar, de mirar, callar o reír, que algunos autores llaman desconfianza o sospecha, pero que yo estimo que es más que eso: una continua meditación de las cosas humanas, una melancolía del desengaño.

Amo a Chile porque me gustan los países pobres, los pueblos inquietos, las naciones lanzadas en la búsqueda de una vida moral, intelectual y social que no sea la imitación o, como a menudo ocurre, la caricatura de la vida europea o norteamericana. El pueblo chileno, angosto y encerrado durante siglos entre la cordillera y el Pacífico, vivió, hasta la apertura del canal de Panamá y el desarrollo de la aviación civil, en un duro, triste y casi selvático aislamiento, y durante ese tiempo ha buscado y encontrado en sí mismo -sólo en sí mismo- las razones de su propia vida moral, hasta el punto de rechazar

en mucho la tradición ibérica, que es profundamente dogmática, enemiga natural de cada forma de libertad y que todos los pueblos de Sudamérica, preocupados de su propio porvenir de naciones libres y civilizadas, deberían rechazar si no quieren desaparecer, agotarse y morir.

La misma influencia norteamericana, tan sensible en muchos países de América latina, no es en Chile algo del pueblo, sino que pertenece sólo a delgados y particulares estratos de la clase dirigente, aquella -para entendernos mejor- que interpreta la influencia norteamericana no como un eventual elemento de progreso social, sino como un medio mezquino de conservación y de estúpida reacción.

Por estas razones amo al pueblo de Chile, que no sólo es celoso de su propia libertad, por la cual siempre está pronto a combatir con salvaje energía, sino que también es celoso de sus propias tradiciones, de sus propias formas de vida, en las cuales el antiguo espíritu araucano de libertad y el caballeresco español han prevalecido sobre cualesquiera otras formas europeas o norteamericanas.

Puede que mi afecto hacia Chile turbe la serenidad de mi juicio y de mis sentimientos. Pero yo, europeo, rico en cultura europea, siento poderme unir a la forma de vida propiamente chilena, de una manera feliz, y ello no por el solo hecho de ser italiano, sino porque soy un hombre civilizado, rico de una cultura que, como la europea, tiene como base la libertad.

Todo en el pueblo chileno, su espíritu y su modo de vivir, me encantan. Y más que nada su dignidad, que no se limita sólo al respeto a sí mismo, sino que se extiende a todo aquello que vive y sufre en su mundo.

Cuando un día vuelva a Europa, a Italia, y alguien me pregunte cuál ha sido mi mejor, mi más querida y preciosa experiencia de Chile, contestaré: "la dignidad del pueblo", su gentileza y su respeto hacia todos los que, como ellos, sufren, ya sean hombres o animales. Responderé que si todos los pueblos de Europa, aun aquellos que se creen los más civilizados y los más humanos, poseyeran la dignidad y la humanidad del pueblo chileno, su porvenir no sería tan oscuro, ni sería tan incierta la suerte de la civilización europea.

